

JANA K. LIPMAN

*Guantánamo. A working-class history between  
Empire and revolution / Guantánamo. Una historia de la  
clase obrera entre el Imperio y revolución*  
University of California Press  
California, Estados Unidos de América (2009)  
ISBN: 978-0-520-25539-5, 344 págs.

*Reseñado por*  
Jorge Muñoz Sougarret  
jemunoz4@uc.cl  
CEDER / Universidad de Los Lagos  
Osorno, Chile

Muchas veces las obviedades nos hacen olvidar las sutilezas que vela el lenguaje, una de ellas es la afirmación de que las Américas han sido un continente de migraciones.\* Afirmación que suele ser acompañada por la repetición de la épica de las grandes migraciones, previas y posteriores a la llegada de Colón; no obstante, aquel celo no ha sido igual al momento de relatar los movimientos menores de la población americana. Los últimos tres siglos, relativo al tema anterior, se presentaron como excepcionales; el acelerado y desigual crecimiento económico de los territorios y repúblicas incentivó un masivo intercambio de población, un trasvasije de cuerpos y culturas que (según las circunstancias) fueron alabados o temidos por los propios solicitantes. A inicios del siglo pasado, los intelectuales de los países americanos del hemisferio norte notaron las diferencias estructurales que marcan las migraciones, diferenciando al sujeto que migra en busca de mejoras expectativas laborales, de aquel que se mueve siguiendo al trabajo (tradicción que en gran medida nació con Nels Anderson). A contrapelo, la América

latina seguía considerando a sus migrantes dentro de marcos tradicionales de migración campo-ciudad, únicamente en las décadas finales del siglo pudo observarse una variación de tal observación migratoria.

La anterior presentación nos introduce a una de las temáticas centrales del libro que reseñamos, el desafío de entender que la migración no está condicionada a la distancia del movimiento sino, más bien, al cambio en la percepción de la persona que migra. La autora conoce y supera la tradición de los estudios migratorios, incluyendo situaciones y sujetos nuevos de análisis (fronterizos, parafraseando el nombre de la colección en la cual publicó); con desiguales resultados y énfasis, éste trabajo corresponde a una nueva veta en el estudio de las migraciones: las migraciones internas de trabajadores a un Estado extranjero. Irracional frase que pareciera ser realizable en un igualmente irracional territorio, como lo es Guantánamo de Cuba.

Bahía que oficialmente desde 1898 es una anexión de los EEUU (más no de su constitución, como hoy se sabe), las consecutivas enmiendas Teller y Platt establecieron los cimientos para la constitución de la principal base militar norteamericana en el Caribe. Conocida en la actualidad a escala mundial, como nos

---

\* Reseña recibida el 26 de abril de 2012; aceptada el 23 de mayo de 2012. Vale la pena señalar que el texto original fue reseñado antes de su publicación en 2012; además, fue traducido del original por Patrick Puigmal antes de ser evaluado y aceptado. (Nota del Editor).

recuerda la Dra. Lipman, no obstante poco sabemos de su historia y relación con la población circundante. Inclusive nos recuerda que el nombre de la base se debe a la homónima ciudad, situada a pocos kilómetros al norte; el texto, por tanto, se centra en la relación de las gemelas Guantánamo y cómo llegaron a establecer una sólida relación de dependencia que ha sobrevivido embates nacionalistas, revolucionario y congresales por más de un siglo.

El texto se divide en cinco capítulos más un prólogo y epílogo, abordaremos sucintamente cada uno en pos de sintetizar sus principales postulados. El prólogo nos contextualiza en torno al espacio particular en que se instaló la base de Guantánamo, el margen oriental de la isla grande de Cuba. La exposición no es casual, el Oriente (como habitualmente se le conoce) tiene una tradición regionalista muy distintiva, marcada, en gran medida, por la mayor 'negritud' relativa de su población — en comparación con las ciudades costeras del este—. Un espacio que parecía singular para el mundo cubano, se autoafirmó utilizando un profundo regionalismo como elemento ecuménico y reduciendo al mínimo su sector dirigente (mayoritariamente criollo de tez blanquecina). La negación de su carácter mestizo será uno de los elementos distintivos que marcarán la agresiva relación que tendrá la sociedad oriental con las migrantes haitianas y de las Indias occidentales; cuando los últimos arriben a trabajar en las mejores plazas otorgadas en la base militar a los no estadounidenses.

Insertada la primera cuña de análisis —las diferencias entre la población nativa y los migrantes—, la autora nos introduce en un primer capítulo donde relata el asentamiento de la base militar y cómo se relacionó con los gobiernos y trabajadores locales. La ambigüedad en la recepción de la base, por parte de las ciudades cubanas cercanas (Caimanera y Guantánamo), se debió al choque entre los sentimientos

nacionalistas que eran ofendidos por la instalación militar con las razones prácticas, que los empujaban a considerar que la base podía un sustento inagotable de trabajo y 'riquezas'. Última expectativa que quizás fuera la menos alcanzable, en gran medida por la rápida tercerización del trabajo en la base. Luego de diversos incidentes, incluida la muerte de un trabajador a manos de un teniente, el Gobierno estadounidense decidió contratar a empresas privadas que se encargarían de la contratación del personal civil de la base. Acción que trajo dos efectos diferentes, primero instaló un pasaporte laboral para los trabajadores civiles (haciendo patente su carácter de extranjeros en la base) y, segundo, incitaron la llegada de trabajadores provenientes de colonias inglesas para los cargos de supervisión y domésticos.

El segundo capítulo aborda específicamente las situaciones que opusieron a los migrantes caribeños con los cubanos, los primeros adquirieron mayores ventajas salariales en comparación con los segundos; situación que se expresaba en el trato deferencial de los caribeños hacia los cubanos. El aumento de las odiosidades entre los grupos fue exacerbado por un nacionalismo renovado que exigía mayores y mejores cuotas de trabajo a los administradores militares de la base (cuando no el abandono de la bahía). En conocimiento de la situación, el alto mando militar norteamericano desarrolló un cúmulo de políticas paternalistas-colonialistas que, en este caso en específico, pasaron de los beneficios individuales al incentivo de la formación de asociaciones de trabajadores dentro de la base. Creían que la creación de cuadros medios canalizaría las quejas e institucionalizaría sus soluciones, moderando y moralizando a la mano de obra cubana. Política unionista que llevó a muchos de los dirigentes a invertir las reglas neocoloniales, increpando a la dirigencia militar a reconocerlos como trabajadores en suelo norteamericano; por

tanto, bajo la jurisdicción de sus leyes laborales (pp. 71-74). Finalmente, y bajo el manto de la guerra fría, se permitió la organización de trabajadores, más mantuvieron la ambigua posición de estar sujetos a las leyes laborales cubanas en suelo norteamericano.

Si ya el segundo capítulo configuró un cuadro de tensiones entre el mundo cubano y el modelo colonial de la base, el tercer capítulo se centra en las relaciones sociales entre los marines y la población de las ciudades de Caimanera y Guantánamo. El capítulo establece, primeramente, la relación preferencial que se estableció entre el sector dirigente y comercial de las ciudades cubanas con los militares. Para el mundo militar norteamericano, antes de 1959, la base de Guantánamo era un oasis de descanso entre los frentes de guerra en Europa y Asia Pacífico; un idílico lugar de cadencia y licor. Aquella imagen, en su justa medida, estaba creada por las alianzas estratégicas entre los sectores comerciales de Cuba y los militares de la base, posibilitándose el acercamiento irrestricto de los hombres a distintas pretendientes femeninas según sea su grado y color de piel. Secundariamente, y en congruencia con lo último, el capítulo se centra en el rol de la mujer en su relación con los marines. Para la autora tanto el cabaret como la asistencia a los exclusivos bailes en el salón militar eran percibidos, por los sectores comerciales, como un servicio altamente remunerativo para la comunidad cubana; aportando a un aumento de la blancura y abolengos sociales, por un lado, exclusivamente económicos, en otro. La generosa ganancia que dejó tan intercambio impulsó a la migración interna hacia Guantánamo y la especializó en la satisfacción de las necesidades de los militares, situación poblacional y económica que llevó a una crisis masiva luego del cese definitivo de relaciones en 1964.

El cuarto capítulo analiza los años más conflictivos para la base militar, de 1959 a 1964. Desde el triunfo de la revolución

cubana a los despidos masivos de 1964, los trabajadores cubanos fueron observados con recelo por la dirigencia norteamericana. En el período anterior al triunfo sobre Batista, la base vivió un aumento del robo de armamento que llevó a la sospecha de ayudas u omisiones por distintos mandos medios de la base; eventos que desencadenaron la auscultación física (e ideológica) de cada cubano que ingresaba a la base. Paradojal situación fue la vivida por tales trabajadores, ya que en Cuba eran motejados como contra-revolucionarios y espías, y al momento de volver a sus hogares (desde la base) eran revisados tan minuciosamente que muchos de ellos abandonaban el pudor y cruzaban la frontera completamente desnudos. Empero ser objeto de desconfianza, los trabajadores de la base era una pieza fundamental para la economía de las ciudades cubanas circundantes; su salario en dólares era codiciado por comerciantes establecidos e informales como por el Gobierno revolucionario. Hecho que explicaría por qué no se impidió el tránsito laboral hacia la base. Finalmente la instalación de misiles soviéticos en la isla consolidó la decisión norteamericana por expulsar a la mano de obra cubana, momento culmine para la vida de muchos trabajadores que fueron llamados a decidir abandonar la base para no volver o quedarse y nunca retornar con sus familias. Acto último de los leales que permanecieron, transformarse en extranjeros para su país.

El quinto capítulo y su epílogo se abocan a presentar la vida de los sobrevivientes al quiebre de la base con su comunidad hermana, indicando que el mecanismo laboral segregado (labores para los norteamericanos y para los extranjeros) se mantuvo y profundizó con la población caribeña de habla inglesa y la inclusión de población filipina. Situación que terminó por disociar a la base de su entorno cubano, más no de sus dinámicas laborales (y sociales) ya aprendidas.

Las conclusiones que son posibles de extraer del texto, a nuestra opinión, se enmarcan en dos lecturas. La primera, y más evidente, es la ambigüedad laboral que se genera en espacios coloniales; la base de Guantánamo fue para sus militares un reflejo de la sociedad norteamericana en el mar caribeño, una simplificación idealizada bajo la cual se estructuraban las relaciones sociales sin conflictos —las medidas segregacionistas y las diferencias de género eran incuestionables—. El edulcorado discurso colonial era aceptado y repetido por los militares norteamericanos, en cambio los receptores que tal práctica se apropiaron de los elementos más positivos del mismo (las ventajas salariales), rechazando las muestras de desprecio y segregación social y laboral. La segunda lectura apunta al impacto de los trabajadores en sus comunidades de origen, particularmente en el impacto cultura que provocó su inmersión en un nuevo mercado laboral. Continuando una senda que popularizó Michael J. Piore, los trabajadores al integrarse a un mercado monetarizado transmitieron sus experiencias de consumo e instalaron a sus lugares de habitación, necesidades que no respondían a las tradiciones y posibilidades materiales de sus comunidades. Aquella inyección de deseos sin saciedad posible, pauperizó a los poblados cercanos a la base; haciéndolos dependientes del gasto e importaciones monetarias y de bienes provenientes de los marines. La reconversión ‘revolucionaria’ de Caimanera y Guantánamera hacia la agricultura, únicamente arraigó con mayor fuerza el recuerdo de la belle époque previa a 1959. La relación entre ambas lecturas provoca una sensación extraña en el lector, suponemos que cada trabajador realiza sus labores en pos de una mejora para sí y su familia, sin embargo cuándo aquel trabajo te obliga a olvidar y negar tu familia y cultura, uno comprende la precariedad del modelo laboral del migrante.